

recurrencias que afirman o quieren afirmar su visión de las cosas.

Como Quevedo, Valle-Inclán incorpora su figura a la obra, la funde con ella y la consolida. Deliberado, intensamente cultivado, su gesto privado crece y se transforma en atuendo, máscara, actitud siempre reconocible, ligada sustancialmente a su yo poético. La estilización modernista, su fe en la musicalidad de la palabra, el brillo de los colores y el exotismo que busca en lo vago y lejano el ensueño, favorecen su elección de la época carlista antes que a su propia época. Después, el esperpento le permite ridiculizar los perfiles de una realidad que para él no es sino grotesca. En el tránsito del modernismo al esperpento expresionista muestra su irreductible vocación estética, su voluntad marcadamente transustanciadora, radicalmente artística. Francisco Ayala, como ya antes Ortega, ve en la máscara el rostro y en el rostro, la máscara, en la extravagancia y el gesto llamativo, en su mordacidad e ingenio, en su acopio de elementos provenientes de la tradición literaria, esa voluntad delatada, transparente.

El entrañable ensayo que el autor de este libro dedica a Antonio Machado —«El poeta y la patria»—, se enfrenta a la conmoción que entre todos los destinos produce en nosotros el de los poetas. Es su exigencia de libertad, la depuración de los sentidos humanos, la «honda palpitación del espíritu (...) en respuesta animada al contacto del mundo».

La meditación y la emoción lírica, asociadas con la visión científica y la religiosa tradicional, las ideas y las creencias, lo libresco y lo vital, lo intelectual y lo metafísico, conviven en Machado. Y esta convivencia que revela su complejidad y le otorga la «hondura» celebrada por sus biógrafos y críticos, muestra también su modernidad: Bergson y las corrientes del pensamiento de su época, como el lastre antipoético pero significativo de la experiencia vital, se incorporan subjetivizándose en la vivencia del poeta.

Ortega y la crítica

Don José Ortega y Gasset, figura indiscutible en la historia de la crítica literaria, nos brinda en sus primerizas *Meditaciones del Quijote* un libro maduro. Al estudiar los recursos de Cervantes, advierte que la crítica, destinada a dotar al lector de «un órgano visual más perfecto», enseña a leer. España, tierra «de los antepasados» que «forman

una oligarquía de la muerte», debe ser rescatada de la superstición, como lo hiciera Cervantes en su libro capital. Las *Meditaciones* quieren desentrañar su estilo que se le aparece como clave del destino español, y lo lleva a plantearse la cuestión del género en relación a las diferentes épocas, descollando en la nuestra la novela, preferida de los lectores. Sus sugerencias y análisis, que brotan de sus preocupaciones filosóficas e intelectuales en general, promueven el estudio de cuestiones capitales como el distingo de la épica y la novela, el personaje y el escorzo o profundidad vital, perspectivismo que señala el ángulo del creador y el de los entes de ficción. Afirman el concepto del arte y su función poética cuando ingresa en la esfera de reabsorción de lo ideal. De la figura del pensador español, Ayala traza un retrato admirativo y afectuoso, por su lucidez y aptitudes proféticas, por la cordial acogida que le dispensara en la tertulia de la *Revista de Occidente*.

Pérez de Ayala, Azaña

La distancia irónica con relación a su propio mundo imaginario, su evidente propensión hacia lo discursivo y la exposición de las ideas, dotan a sus novelas-ensayos de una indiscutible calidad intelectual. Emparentado con los del 98, Pérez de Ayala inserta en sus creaciones novelescas verdaderos ensayos deslindables, que señalan la apertura de la novela, en cuya historia se hallan variaciones sorprendentes. El ensayo de Francisco Ayala, de 1980, constituye una invitación al examen de sus singulares recursos narrativos, cuanto de las particularidades de su pensamiento, que incorpora a su trama.

En Azaña valora al ensayista y la eficacia revolucionaria de su oratoria, su elaboración del discurso moderno, definitivamente alejado de las tradicionales florituras castellanas.

Pedro Salinas y José Bergamín

En Salinas, el ensayista riguroso nutre al poeta y profesor, aumentando el valor de sus intuiciones poéticas y ofreciéndole apoyo sólido al enseñante. Como en todos los casos, Francisco Ayala profundiza los lazos entre las diferentes facetas creativas, advirtiendo sus conexiones, insistien-

do en su complementariedad. El intelectual, el didacta y el artífice se implican, suman y no restan, como querrían hacernos creer las valoraciones de cuño romántico a propósito de la creación literaria. El sabio no niega al poeta, quien posee una sensibilidad y un conocimiento empírico acerca de los procesos creadores que no deben desdeñarse.

La actitud crítica es preciosa: ella desbroza los productos culturales para ofrecernos lo oculto y lo desconocido. El verdadero intelectual es un bicho raro que se opone a lo establecido. Bergamín lo era, no de manera escandalosa, como Unamuno, sino extravagante y sutil. Su exilio, el duro precio de su integridad moral.

Borges

Su ironía se torna sátira mordaz en *El Aleph*. Su destreza, soberbia. Su tema esencial, la intuición del universo y de la eternidad. En la sátira literaria, como lo es este relato, vincula la erudición con su fecunda, densa imaginación: así consigue otorgarle la aptitud de producir placer estético en el lector.

En la presentación efectuada en la Universidad de Chicago en marzo de 1969, Ayala destaca las excelencias de la creación borgeana y su reconocimiento internacional, desde Francia a USA. Pone el acento en el modo de leer a los creadores hispanoamericanos desde el centro occidental: Borges cumple el imperativo de ser hispanoamericano sin que se le note. Los franceses lo leyeron sin dificultades. Borges pudo ser igualmente francés o inglés. Sin embargo, un recuento de sus temas y escenarios, de sus tipos y conflictos, nos lleva hacia la Hispanoamérica tradicional, pues emplea los mismos materiales que los regionalistas. Pero universaliza a sus criaturas: sus problemas adquieren importancia ética y trascendencia metafísica, ponen el acento en la incierta condición humana y en la intuición de la esencia del universo. Las variaciones narrativas que encarnan estas obsesiones no hacen sino ofrecer con luces nuevas las mismas preocupaciones

Fiel, sobrio, honesto, Borges no hace concesiones a los reclamos de «esperadas mercaderías de lo popular y pintoresco». La falta de preocupaciones sociales enunciadas directamente acaba por conformar el perfil de una literatura que no se acostumbra a justificar como hispanoamericana. Pues esta región tan descuidada y tan necesitada de estudios serios, cae bajo el acápite de lo pintoresco y

lo exotista, excita sueños turísticos o promueve irredentos anhelos de producir reformas sociales.

Como Salinas, el poeta Borges incorpora su saber, su reflexión sobre el proceso creativo: la intuición lírica no puede separarse en él de su pensamiento. Del mismo modo, la riqueza de su creación es suma y no resta: Ayala se reafirma en su concepción del hombre-creador unidimensional. Concepción que implica la de la universalidad del saber, la denegación de aporías y compartimentos estancos, y una profunda fe en el hombre total, criatura perfectible y entrañable. Y que se dirige sistemáticamente, pertinaz e implacable, contra el abaratamiento de la crítica literaria y su funcionalidad, contra el triste olvido en el que ha caído la vocación de saber y la fe en la vida humana.

El humanismo de Francisco Ayala es indudable, su pasión por las creaciones del espíritu, su deleite en el análisis y su amor al conocimiento, nítidos, claros, reconfortantes. Consuelo de los estudiosos en esta era bárbara, en la que la imagen parece ahogar a la palabra y rechazar el pensamiento, el libro de Ayala es imponderable: no solamente respiro, sino también promesa de futuro:

Ahora bien, hay gentes que, cosa extraña, parecen creer que la literatura, la poesía, no tiene nada que ver con la mente racional ni con ninguna especie de pensamiento, gentes que desconfían del escritor articulado como si perteneciera a una especie peligrosa. Puesto que Borges ha sido dotado con las bendiciones de una perspicacia implacable complementada por el vigor discursivo, esa escuela de crítica levanta contra él de vez en cuando la objeción de que es —siempre lo mismo— «un intelectual» (...) (p. 621).

Mallea

Todo escritor auténtico tiene un tema, como una personalidad, un acento, un tono, huella indeleble de su singularidad.

(...) como la reacción cardinal del hombre frente al mundo, su problema, la interrogación que desde el fondo del alma dirige al Universo. (p. 625-626).

Desde 1926, fecha de la publicación de sus *Cuentos para una inglesa desesperada*, el tema de Mallea no es sino el del ser de su nación, al cual trata de alcanzar tanto a través de caminos pasionales como intelectivos. Seleccionando lo significativo en las ficciones y en los ensayos, las ideas, las formas contienen el impetuoso afán constante.

Y —delicadeza de Ayala— no interesa tanto el juzgar esa pasión argentina, como llamar la atención sobre su importancia. Las preocupaciones de Mallea y demás creadoras y ensayistas de la generación del 40, que hacen de la esencia de lo argentino y su trascendencia centro del debate generacional, se agotan con la década. El nacionalismo es, pues, preocupación de este ensayo en el cual Ayala condensa su lectura de un Mallea preterido por los tiempos pese a la calidad artística de su prosa.

Carpentier

Su visión del mundo se le aparece conservadora, reaccionaria, negadora del progreso, eco de la concepción nietzscheana del eterno retorno inmovilizador de la historia. Carpentier se emparenta con los noventayochistas como Azorín: ambos «ven la peripecia humana como un girar en incesante retorno sobre el fondo de la eternidad».

En *Viaje a la semilla*, en *El acoso*, como en *Los pasos perdidos*, el tiempo se dilata, se contrae, se revierte, con un virtuosismo artístico estimado unánimemente por la crítica. Es en *El siglo de las luces*, redactada en Venezuela, antes de su posterior incorporación a la revolución cubana, donde la anulación del tiempo en virtud de su circularidad, quiere representar la futilidad de los empeños humanos. Y la crueldad de una historia cuyo designio carga a las espaldas de la ideología del progreso la tarea de impedir su marcha. Pesimismo que impregna la novela, en esto estoy de acuerdo con Ayala, pero que al contradecir el postulado que preconiza revierte en situaciones de gran dramatismo. Y que posee virtudes evidentemente estéticas, claro está, pues de esta paradoja extrae la novela su aliento épico y su carga de deseos.

Francisco Ayala lo admite: es una novela que rezuma esplendor, suntuosidad, sensualidad claramente barrocas, como contrafaz espesa de las racionales luces. Transmutación apreciable, claro está, y que le otorga su reconocida densidad significativa.

Enriqueta Morillas

Revel y las ideologías

Entre las actitudes más antiguas que han determinado la conciencia del hombre, la mentira cuenta con un lugar central. Aunque la inercia nos llevaría a pensar que la tendencia intelectual común en el hombre es la búsqueda de la verdad, los hechos nos demuestran que, en cuanto este conocimiento va más allá de lo meramente especulativo, el conocimiento se transforma para adecuarse dentro de lo que, modernamente, se llama ideología. Pero incluso en comportamientos intelectuales que nada tienen que ver, aparentemente al menos, con lo social, esta fascinación por mentirse encuentra la manera de aparecer para responder a demandas humanas que están más allá del afán de conocimiento. Como ejemplo me viene a la memoria el caso de Kepler y su concepción geométrica del universo: para que todo se cumpliera según su visión del mismo, el célebre sabio cometía unos leves pero suficientes errores de cálculo con el fin, inconsciente, de que todo encajara. Dar la razón a la razón parece en ocasiones un acto de prudencia psicológica frente a la amenaza de los hechos. En el fondo de esta contumaz necesidad se han encontrado causas de orden psicológico nada desdeñables, y síntomas morales que señalan una enfermedad perversa y epidémica: el maniqueísmo que, en el fondo, consiste en una negación de los unos a través de los otros, sean cuales fueren, éstos o aquéllos, los depositarios absolutos del bien o del mal. El libro de Jean-François Revel, *El conocimiento inútil*¹ se inserta dentro de una corta pero ejemplar corriente de obras que tienen por tema —aunque no siempre central—

¹ Jean-François Revel, *El conocimiento inútil*, Edit. Planeta, Barcelona 1989.